

FRANCISCO J. LEIRA CASTIÑEIRA, *Los nadies de la guerra de España*, Akal, Madrid, 2022, 414 pp., ISBN: 978-84-460-5320-0.

¿Qué tienen en común Francisco Pérez Ponte, soldado gallego del ejército de Franco, y su hermana Dorinda, aún niña; Ramón Montserrat Ferrando, catalán movilizado por el ejército republicano con la “quinta del biberón”; Amada García, joven comunista pasada por las armas en 1938; Cándido Rial Moreira, fraile franciscano, miliciano y desertor; el capitán Juan Rodríguez Lozano, abuelo –ejecutado– del presidente Zapatero, y el resto de protagonistas de este libro? Una primera respuesta es fácil: todos ellos participaron en (o se vieron afectados directamente por) la Guerra Civil española. Una segunda nos lleva a otros caminos: todos se integran en las desvaídas filas de lo que el autor de este novedoso libro, Francisco J. Leira Castiñeira, identifica como “nadies”, es decir, el inmenso conjunto de personas a las que la historia tradicional, aquejada de elitismo congénito, privaba de importancia y despreciaba como indignas de atención. La gente que podríamos llamar los y las no-vips de la historia. O lo que es lo mismo, seres humanos en principio condenados al silencio pero que, en este caso, un historiador competente rescata del olvido al considerar que los retazos biográficos que puede reconstruir de cada uno de ellos –lo que implica que han dejado suficientes huellas para intentarlo– abren una vía de acceso al conflicto bélico diferente a las habituales. Una vía, cabe añadir, capaz de enriquecer nuestra mirada sobre tal acontecimiento histórico a despecho de las montañas de papel y horas de material audiovisual que ya se le han dedicado. Y que seguirán dedicándosele, seguro.

Francisco Leira es doctor en Historia por la Universidad de Santiago de Compostela, donde trabaja como contratado posdoctoral. Ha sido autor asimismo de *Soldados de Franco. Reclutamiento forzoso, experiencia de guerra y desmovilización militar*, libro publicado en 2020 y traducido al gallego y al inglés. Y la rotunda palabra “nadies”, que emplea para designar a las gentes con nombre y apellidos que estudia, la extrae de un conocido poema de Eduardo Galeano que Leira reproduce como cita inicial. Para el insigne escritor uruguayo los “nadies” son “los hijos de nadie, los dueños de nada”, los “ningunos, los ninguneados, corriendo la liebre, muriendo la vida, jodidos, rejodidos”, los “que no figuran en la historia universal, sino en la crónica roja de la prensa local” y “cuestan menos que la bala que los mata”. En su estela, el investigador gallego pretende en *Los nadies en la Guerra de España* “darle voz a los que no la han tenido a causa del historicismo” (pg. 9), “reconstruir la vida” de los “que no tienen nombre, sino número” (esto es, de los que no han tenido nombre y tan solo eran captados como números, y a los que el trabajo del historiador devuelve así su humanidad individualizada). Y monta tanto que esos “nadies” se cuenten entre los considerados “vencidos” como entre los tenidos por “vencedores” en el conflicto bélico. Hay “nadies” en todos los lados.

Evidentemente, al optar por dedicar su atención a sujetos históricos largo tiempo “ninguneados”, Leira no aspira a descubrir el Mediterráneo. Se sabe continuador de una espléndida serie de investigadores críticos con la historia



tradicional que en los últimos cincuenta años se han esforzado por renovar y a la vez reivindicar el método biográfico –por más que aquí cabría hablar de su hijuela, el prosopográfico– poniendo los ojos en seres humanos comunes y corrientes. Ya que, en efecto, la reacción tanto a la “historia sin sujeto” a la manera de Fernand Braudel y compañía, como a la historia centrada sólo en los “grandes hombres”, en los “peces gordos”, que tan poderosas fueron en tiempos no tan lejanos, tiene hondas y prestigiosas raíces.

Los historiadores, cabe recordar, en tanto se autoconstruyeron como científicos sociales en el siglo XX, tendieron a dejar de lado las acciones y las experiencias de los individuos concretos, con sus nombres y sus apellidos, en beneficio de las magnitudes numéricas, la atención a los vastos procesos impersonales y los “grandes relatos”. Crearon una historia ligada a la economía y la sociología, y a las categorías analíticas de ambas, que abusaba a menudo de la jerga profesional, propendía a la aridez e invitaba a los lectores no especializados al bostezo, el abandono y la fuga. Por si fuera poco los seguidores de Braudel no solían poseer el talento literario del maestro. La historiadora ítalo-francesa Sabina Loriga ha descrito el resultado con una excelente metáfora: la “desertificación del pasado”. Ahora bien, esta tendencia que tan buena cosecha de frutos historiográficos nos ha dejado, al menos a los iniciados (sería tan estúpido como injusto regatearle méritos), nunca se apoderó de la disciplina por completo. Siempre ha habido historias alternativas a la línea principal. Y no cabe duda que la biografía, al fin y al cabo una forma secular y consolidada de hacer historia, resistió con suficiente entereza los embates sociológicos y supo mantener el interés sobre la dimensión individual en el estudio del pasado.

Por ello no es extraño que las demandas de un “retorno del sujeto” que en el último tercio del siglo XX acompañaron a la crisis de la historia “braudeliiana” y sus afines, encontraran en el cultivo del método biográfico una opción preferente. Restaurar vidas pasadas era una manera asequible de repoblar y vivificar el desierto. Permitía rehumanizar los relatos a la vez que hacía posible reintroducir lo azaroso, lo contingente que jalona la existencia de cualquier ser humano, y plantear cuestiones que la historia despersonalizada relegaba o ignoraba. Además, se materializaba en la producción de textos atractivos e interesantes para un público más amplio que el de las corrientes criticadas. Lo significativo, lo que nos importa aquí, es que esa renovación de la biografía, que contenía una reivindicación implícita del estudio de lo particular como ventana de acceso a lo general, no se limitó a volver a insistir en la atención a los “grandes nombres”, a los vips de la historia. Uno de los aspectos novedosos fue, de hecho, abrir el campo también a los “nadies”, a los que parecía que no existían más allá de contar como números, algo que asimismo cabe interrelacionar con el afán de escribir una “historia desde abajo” que permitiera abordar y poner en valor las existencias de los “peces pequeños”. Y que, significativamente, se enlazó con el remozamiento de las metodologías cualitativas en otras ciencias sociales, que iniciaron o recuperaron el laboreo de los “estudios de caso”, lo que en el ámbito de la sociología se plasmó en la atención a las “historias de vida”. Al mismo tiempo, el lenguaje y las prácticas de un número nada escaso de historiadores e historiadoras tomaban numerosos préstamos de la antropología.

En el campo estricto de la historiografía, del molinero Menocchio de Carlo Ginzburg y el cura exorcista Giovan Battista Chiesa de Giovanni Levi, del verdadero y el falso Martin Guerre y de las “mujeres de los márgenes” diecisietistas de Natalie Zemon Davis, hasta la Violet Gibson –la mujer que disparó a Mussolini– de Frances Stonor Saunders, o el Lorenzo Perrone –el hombre que salvó a Primo Levi– de Carlo Greppi, pasando por un amplio etcétera, insólitos seres del pasado que habrían merecido escasa o nula atención antes de esa renovación metodológica fueron sacados

del mundo de las sombras por historiadores e historiadoras innovadores y perspicaces. La mayoría de los investigados (hay, por supuesto, excepciones) era gente humilde o excéntrica respecto a los centros de poder de su época que a la vez tenía algo de excepcional. Lo primero, que hubieran dejado bastantes pistas –alojadas en documentación pública o privada o en la memoria de fuentes orales– para rastrear sus vidas, sus experiencias, sus relaciones sociales o sus ideas, al menos en retazos. Y lo segundo, que su caso ofreciera interés suficiente para insertarlo en una problemática histórica contextual que podía recibir así una mirada nueva, otra fuente de luz. El microscopio –por usar una metáfora manida, pero muy afortunada– permite observar los objetos de manera diferente a como las ve el ojo sin lentes o a través de un telescopio.

Obviamente, ese sustrato historiográfico nutre la manera de investigar de Leira, y él lo reconoce en la introducción de su libro pese a no dejarse llevar por el entusiasmo e intentar marcar su propio terreno (p. 11). También en la conclusión, titulada “Preguntas y certezas”, cuando afirma su identificación con “muchos colegas que se dedican a estudiar a la gente que está en los márgenes” (p. 385). Sin embargo, junto a esos nutrientes el historiador gallego obtiene alimento de las reflexiones sobre los usos públicos de la historia que se han desarrollado en los últimos años, al calor de las demandas sociales y las iniciativas políticas referidas a lo que se ha dado en llamar “la memoria histórica”. A Leira, como a tantos otros historiadores, no le gusta demasiado la expresión, y sitúa en la base de su trabajo la propuesta de otro miembro del gremio, Antonio Cazorla, para “sustituir el ambiguo concepto de memoria –histórica y colectiva– por el de Historia Pública, un espacio de debate en el que tienen «voz» los historiadores, la sociedad civil y el Estado” (p. 10). Una “Historia Pública que tenga como objetivo ser útil para la convivencia” (p. 373), señala Leira. Y que trabaje para “dotar de sentido a las historias personales, que son colectivas, que existen en todas las familias” y sirva así “para generar una conciencia sobre el imperativo categórico que nos exige el golpe de Estado” de julio de 1936, “la guerra, la represión y el franquismo” (p. 379). Me es imposible, pese a su indudable interés, resumir en los párrafos de esta reseña las principales ideas del autor al respecto más allá de lo dicho. Menos aún sopesarlas con cuidado, mostrar mi acuerdo con muchas y pedir mayores aclaraciones sobre otras. Me temo que sería cometer un exceso por mi parte. No tengo más remedio, por tanto, que dejar ese trabajo a la curiosidad y la agudeza del lector que se acerque a *Los nadies de la Guerra de España*.

Lo que sí que quiero es abordar brevemente el contenido de los diez capítulos que constituyen el cuerpo del libro. Es decir, los diez estudios de caso, diversos e independientes entre sí, en los que lo particular de cada uno de ellos y lo general definido en un contexto –el bélico como referencia inmediata, en ocasiones uno de contornos más amplios– se interrelacionan estrechamente antes de llegar a las preguntas y certezas conclusivas. Creo que es la mejor manera de animar a la lectura de unos textos bien armados. Porque, como dice el autor, este es “un libro de *stories* de diversas personas que se han transformado en *History*” (p. 16). En efecto, cada capítulo, con una excepción, es una “pequeña historia” singular que no es ejemplar ni ejemplarizante, y que puede cautivarnos y perturbarnos a un tiempo. Una microhistoria que, sin menoscabo del rigor académico, nos echa encima el dolor de las víctimas y la brutalidad de la guerra. Como sucede a menudo, también aquí es tan importante o más el camino que Ítaca.

El primer caso se construye a partir de la correspondencia que se cruzan dos hermanos gallegos, Francisco y Dorinda Pérez Ponte, el primero un soldado movilizado por el ejército rebelde en 1936, y la segunda casi una niña de trece años cuando el primero, cual Mambrú redivivo, se fue a la guerra. Como explica el autor

(pp. 22-23), esa correspondencia, más los recuerdos familiares que Dorinda transmitió a sus descendientes, permiten abordar aspectos tales como “el reclutamiento, el día a día en el frente y en la retaguardia, y la vida de los niños que padecieron la contienda”. También la tragedia del buque Castillo de Olite, que participó en el intento fallido de las fuerzas armadas franquistas de conquistar Cartagena a principios de marzo de 1939 y fue hundido, pereciendo entre otros, ya en tierra firme, Francisco. Y cómo la guerra “dejó una herida que perduró años e, incluso, se trasladó de generación en generación” (p.23).

El segundo reconstruye la biografía del capitán Manuel Fernández Fecho, asimismo del bando franquista (de la infantería de marina), que falleció en Zaragoza en 1937 a consecuencia de las heridas recibidas en el campo de batalla. Su curiosa carrera militar, iniciada por azar (el sorteo de los quintos lo había librado de hacer la mili, pero fue llamado para sustituir a un prófugo) sirve al autor para explicar el “contexto sociopolítico y cultural vinculado al mundo castrense” (p. 57) a lo largo de un dilatado período histórico. El sistema de reclutamiento y sus cambios, las campañas coloniales en el Norte de África, la ley Azaña y sus consecuencias, o la incorporación de militares retirados por esa ley al ejército sublevado, son temas que se van entrelazando con las vicisitudes del capitán Fernández Fecho gracias al diálogo entre la documentación conservada sobre este infante de marina y una abundante bibliografía sobre la historia del ejército en España.

El tercer caso es también el de un capitán, éste ejecutado por los rebeldes en agosto de 1936, y que no es otro que Juan Rodríguez Lozano, el mencionado abuelo del presidente Rodríguez Zapatero. El contrapunto con el caso anterior es notorio. La vida de este militar profesional atraviesa paisajes parecidos, experiencia en el Marruecos colonial incluida, pero ello no se traduce en el alineamiento con el nacionalismo español agresivo y reaccionario de tantos africanistas, sino en un acercamiento hacia las posiciones republicanas y socialistas. Algo que tampoco fue tan extraño. Leira dedica algunas páginas a explicar los orígenes de la cultura militar republicana, para lo cual se remonta al Sexenio Democrático. Igualmente se detiene en el ensañamiento de los que acabaron por ganar la guerra con los militares que no se unieron a la sublevación, y que en el caso del capitán Rodríguez Lozano desembocó en un proceso sumarísimo de urgencia, su ejecución e incluso una persecución *post mortem* a cargo del Tribunal Especial para la Represión de la Masonería y el Comunismo. Los efectos de todo ello sobre los recuerdos familiares, su conversión en un mito por la sociedad civil leonesa y el peso de la figura del abuelo sobre la vocación política de su nieto José Luis, completan el capítulo.

La persona que protagoniza el siguiente capítulo es muy distinta. Ahora nos encontramos ante un fraile franciscano gallego, Cándido Rial Moreira, que dejó escritas unas memorias que Leira editó en 2020. En julio de 1936 Fray Cándido formaba parte de la comunidad de San Francisco el Grande, en Madrid, pero acertó a escapar del convento antes de sufrir males mayores, siendo detenido después por milicianos, que no lo asesinaron como quizá el lector estaba esperando, sino que le respetaron la vida y lo unieron a sus filas, de manera que pronto se encontró defendiendo el Madrid “rojo”. A finales de 1936, mientras permanecía en las trincheras de Villaverde Alto, desertó y consiguió cambiar de bando. Regresó a Galicia y en septiembre de 1939 a San Francisco el Grande. Las singulares peripecias del fraile sirven al autor para explicar la contienda entre clericalismo, laicismo y anticlericalismo que cruzó la historia española del primer tercio del siglo XX. También el desorden que imperó en el Madrid de los caóticos primeros meses de la guerra, repleto de poderes autónomos. Pero, sobre todo, para concluir que “la guerra no era

inevitable”, que “no había rencores previos” (p. 157). Lo primero me parece correcto; lo segundo, más discutible, merecería quizá mayores aclaraciones por su parte.

El quinto capítulo abre el campo más allá del territorio español. Se trata de dar una respuesta a la cuestión de “por qué personas de otros países decidieron morir y matar en la Guerra de España” (p. 159). Para ello Leira toma en consideración los casos de la Guardia de Hierro rumana, que combatió con el bando franquista, y la Columna Connally irlandesa, que lo hizo con el republicano. A diferencia de los anteriores, es un capítulo más coral, ya que el objeto de estudio son dos grupos humanos fuertemente politizados en un momento en que la oposición entre anticomunismo y antifascismo dividía Europa. Con todo, la atención que reciben algunos individuos concretos, como Ion Mota y Neculai Totu, por un lado, y Frank Ryan, por el otro, impide que estas páginas rechinen en el conjunto.

A continuación el foco se pone en una mujer de Mugardos, frente al Ferrol, la citada Amada García Rodríguez, “una líder política de izquierda que representaba la idea de mujer contra la que se impuso el franquismo: joven, comunista, había tirado la puerta del patriarcado abajo y se significó fuera de ese «telar», del espacio doméstico” (p. 205). Y que fue ejecutada en enero de 1938 por participar en la resistencia que los frentepopulistas de su pueblo ofrecieron al triunfo del golpe de estado de Franco y compañía en julio de 1936. El análisis de los hechos que acabaron con su asesinato, y en especial del proceso sumarísimo seguido contra ella y otros, permite no sólo esclarecer su activismo político, sino, sobre todo, indagar en el origen del mito –una historia falsa– que rodeó a su muerte: habría sido ejecutada, se contaba, por tejer una bandera republicana o comunista. De este modo, Leira pasa revista a una serie de mujeres que sufrieron la represión en diversos momentos por, supuestamente, usar el telar como arma política, y que tienen en Mariana Pineda el prototipo. Es decir, expone como se construye un mito por parte de la memoria colectiva que devuelve a mujeres plenamente activas en la esfera pública a la candidez y la domesticidad del telar. El caso de Amada García permite constatar lo bien instalado que estaba en los años treinta el patriarcado incluso en los movimientos de izquierda. Con lo que el autor introduce en su libro la perspectiva de género con una naturalidad envidiable. El capítulo destaca también por ser uno en los que se hace mejor uso de los testimonios orales.

Otra mujer, Antonia Portero Soriano, es la protagonista del siguiente caso. Una mujer guerrera, cabe añadir, miliciana y comisaria política de un batallón del Quinto Regimiento. Leira recoge las escasas noticias que se tienen sobre ella y concluye sin ambages que “es difícil discernir hasta qué punto es verídica la historia de esta miliciana, pues los datos se repiten como salidos de una fotocopiadora y no se ha encontrado más que lo que aparece en la prensa” (p. 256). Pero, mediante la indagación, acierta a explicar varios aspectos del bando republicano: “la formación de los grupos paramilitares de izquierda previos al golpe de Estado”, la participación de la juventud en la política de los años treinta, el origen y nacimiento de las Juventudes Socialistas Unificadas y del Quinto Regimiento, la manera en que se organizó el Ejército Popular de la República, “la misión del comisariado de guerra y la cooperación de la mujer como soldado” (p. 256).

El octavo capítulo funciona a modo de interludio que abandona, de momento, las historias de vida como recurso metodológico. Se trata de la excepción que he señalado antes y, a mi parecer, está metido entre el resto con calzador. No se centra en el estudio de ningún “nadie” específico, sino en “la masculinidad del primer tercio del siglo XX” (p. 257), y su título no es otro que “maricas y afeminados”. Ser homosexual entonces era tabú, la guerra se entendía como cosa de hombres y la mayor afrenta que se podía hacer a un enemigo era dudar de su virilidad. Para Queipo de Llano, por

ejemplo, el cuerpo de Azaña era “rechoncho y afeminado” (p. 265). En el lado contrario, otro ejemplo, el humorista republicano Luis Bagaria publicó una caricatura que “muestra a un militar con los rasgos de Franco, maquillado como una mujer y sin una pierna” (p. 271). En el texto se recogen otros dislates parecidos, por supuesto. Leira muestra en este apartado que en aquel tiempo imperaba una “cosmovisión cultural distinta a la actual”. Y sostiene que hay que “ser crítico con ese pasado” y, en contraplano, asumir a la vez “que no se puede mirar con las gafas del presente actos y sucesos pasados”: entonces, recuerda, no existía la palabra “homofobia” y ni siquiera había una “percepción sobre la necesidad de defender la pluralidad sexual” (p. 283). ¿Era imprescindible colocar en este libro un estudio tan diferente en términos metodológicos? Ahí lo dejo.

El capítulo siguiente vuelve a tener un carácter biográfico. El “nadie” protagonista es ahora Ramón Montserrat Ferrando, joven catalán –de Cambrils– nacido en 1920, perteneciente por tanto a la quinta de 1941, pero que fue llamado a filas el 13 de abril de 1938. Al igual que hizo Fray Cándido Rial, Ramón nos dejó sus memorias, escritas en 1950 y conservadas por su sobrina. Leira las utiliza para esclarecer los mecanismos utilizados por la República para nutrir de soldados las filas de su reorganizado ejército, es decir, el reclutamiento forzoso. Y, más que nada, para esclarecer el proceso mediante el cual un joven corriente, sin especial significación política ni ínfulas de héroe, se adaptó con eficacia a la guerra y a sus peligros, a sus sinsabores, sus rutinas y sus exigencias. Y como esa adaptación le ayudó a sobrevivir: Montserrat luchó en la batalla del Ebro, cruzó el río, conoció el fuego enemigo, pasó miedo e interiorizó los automatismos que convierten al recluta en veterano.

Finalmente, el décimo capítulo entreteje dos vidas, las de María Gómez y Urania Mella, que se hicieron amigas cuando estaban encerradas en la Prisión Central de Mujeres de Santurraran, en Vizcaya. Ambas eran gallegas y se hallaban en esa cárcel tras ser indultadas de sendas penas de muerte, aunque sus parejas sí que habían sido asesinadas. Urania procedía de una familia de convicciones libertarias, aunque ella destacó por ser, en vísperas de la guerra, una de las dirigentes de la Agrupación de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo y del Socorro Rojo en Vigo, organizaciones de izquierda alejadas del anarquismo y cercanas al comunismo. María, por su parte, estaba afiliada a Izquierda Republicana y fue la primera alcaldesa de Galicia, en concreto del municipio de A Cañiza. Ambas biografías sirven al autor para acercarse al escenario político gallego de los años treinta, al universo carcelario del franquismo inicial, a la especial vulnerabilidad de las mujeres “en cualquier guerra” (p. 313) o a la manera en que los juicios que sufrieron “representan la ruptura de los lazos de la solidaridad social” (p. 352). Pero, en especial, para destacar como su amistad perduró tras el encierro, cuando acabaron viviendo juntas en Lugo con las hijas de María. Por cierto, la historia de la relación de Urania con sus cuatro hijos, que quedaron en manos de sus hostiles cuñadas desde que fue detenida, se encuentra entre lo más descorazonador y emocionante del libro.

He de advertir que al acabar de leer estos diez capítulos no pude dejar de recordar un verso de Caetano Veloso: de cerca, nadie es normal. Ni de empatizar con buena parte de sus protagonistas, conmovirme con sus padecimientos y revolverme contra la inhumanidad de muchos victimarios, que en un mundo paralelo quizá podrían haber sido víctimas. La vieja historia de clarín y tambor vestía las guerras de heroísmo, hazañas y poderosas (o no) justificaciones. Estas historias las desnudan, muestran sus vergüenzas, su suciedad, y las reducen a lo que son para la mayoría de la gente (para los nadies): desgracias puras y duras. Pese a la contención y el desapasionamiento que conlleva el uso de un lenguaje que no se sale del decoro académico, no callaré la tristeza que me produjo la lectura de muchos episodios, un

auténtico muestrario de tribulaciones, injusticias, oprobios, infortunios y violencias. Con sus muertos en el frente y sus asesinados en la retaguardia. Con desconsuelo y heridas en la memoria que, digan lo que digan, no se han acabado de cerrar. Tampoco ocultaré que, como pobre contrapunto, me alivió comprobar las virtudes de una metodología que hace posible que lo micro y lo macro se complementen, que cada trozo de biografía reciba luz de su contexto y el conocimiento de cada contexto pueda ser mejorado por la atención a personas concretas. Porque cada peripecia vital, aunque sea captada en forma fragmentaria, se convierte en una puerta abierta a un espacio temático mucho mayor. Y porque, en historia, esos anchos espacios no son inmensos despoblados, sino que están habitados por personas que fueron de carne y hueso.

Es precisamente la concatenación de todos los fragmentos de vida que, a modo de prosopografía de gente corriente, Leira realiza con destreza, lo que le permite enriquecer la visión de la Guerra Civil, sacarla de caminos bastante trillados (por más eficaces que hayan sido, son y serán) e introducir matices que hacen menos esquemática nuestra comprensión de un pasado todavía traumático. A la vez, la opción metodológica adoptada sirve para democratizar la historia, haciendo comparecer a personas que seguramente nunca pensaron que un historiador profesional les dedicara tiempo. Y para humanizarla, sacudiendo el polvo de desierto que se aloja en muchos libros de historia sin sujeto, lo que no significa que a menudo no sea éste un polvo de calidad que no produce daño al ser respirado. Pero una historia en la que se narran cosas que hacen o que padecen personas con nombres y apellidos da la sensación de ser más humana y más legible –al menos para los no especialistas– que aquella otra que tiene como objeto a los nadies/número y/o a la acción de vastas fuerzas impersonales.

Hay muchas maneras de escribir la historia, por supuesto, y ninguna de las que lo hacen desde el rigor suficiente para aumentar nuestro conocimiento o aciertan a dotarse de la empatía imprescindible –y en este libro hay mucha empatía– para mejorar la comprensión del pasado está de más, ni aun las más amigas de teorizaciones y abstracciones. Fue precisamente Fernand Braudel quién aseveró en el que es su más famoso artículo –el que dedicó a “la larga duración”– que la historia es la suma de todas las historias posibles. Tan legítima es, a mi parecer, la historia de los “peces grandes” como la de los “peces pequeños” (y la de los peces tomados como agregados sociales y como números). Sólo sobran las historias “falsas”, manipuladas y mistificadoras. Sin embargo, planteamientos como el de Francisco Leira han de merecer especiales loas y parabienes, ya que sirven para acreditar que la historia somos nosotros, como cantaba Francesco de Gregori, todos nosotros, y que nadie –los “nadies”– ha de sentirse excluido.

Clío es una especie de musa mutante. En otros momentos insuflaba a sus iniciados un hálito elitista que se ha debilitado aun sin desaparecer del todo. A la Clío reformada de nuestro tiempo la podemos imaginar al modo de aquellas vírgenes de la misericordia medievales que acogían bajo su manto a una representación abigarrada de todos los seres humanos. A la Clío de ahora nada humano, ni ningún humano o humana, le puede ser ajeno. La cuestión es averiguar hasta qué punto los historiadores y las historiadoras somos capaces de hallar –o de fabricar– y de desplegar los instrumentos necesarios para dar voz a personas otrora ninguneadas y que vale la pena librar del anonimato. No me cabe duda que Francisco Leira Castiñeira lo ha conseguido en este libro.

Joan J. Adrià i Montolío